

*Manuel Tuñón de Lara y la historia política**

Santos Juliá

Visitó todos los territorios de la política española contemporánea y de todos ofreció un cuadro construido con las herramientas del *annalisme* pasado por el marxismo. Desde muy pronto se sintió atraído por la solidez de un paradigma que considera el acontecimiento si no como reflejo, sí al menos como un resultado determinado por la estructura a partir de las mediaciones propias de las diferentes coyunturas. De ahí que sus explicaciones políticas comiencen casi invariablemente por una aproximación de contenido cuantitativo a los datos de la realidad estructural, sigan luego por una exploración de las elites y de las decisiones tomadas desde los centros de poder para desembocar, como colofón, en el análisis de las crisis y conflictos derivados de las contradicciones de las mismas estructuras. Véase, por ejemplo, como muestra de las profundas raíces que ese modelo llegó a echar en su manera de trabajar, las páginas dedicadas a estructuras y coyunturas sociopolíticas en sus distintos trabajos sobre la República y los diferentes capítulos de su contribución al tomo X de la Historia de España dirigida por él mismo y dedicada al franquismo.

Lo que hay detrás de un modelo tan compacto es, claro está, la aspiración de construir una historia total, de dar cuenta de la totalidad de los planos de una determinada sociedad, articulando lo que parece de más larga duración y más resistente al cambio, los datos procedentes de la economía, con los acontecimientos de tiempo corto, los conflictos que atraviesan una sociedad en un periodo determinado o las crisis políticas que pueden ser cosa de unos días. No se trata, como bien se puede advertir, de una pretensión insólita en los

* Nota introductoria a una selección de textos de Manuel Tuñón de Lara sobre historia política de España, publicada en *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne. Dedicado a Manuel Tuñón de Lara*, N° 26 (diciembre 1997), pp. 224-227.

tiempos en que Tuñón de Lara decidió seguir su vocación de historiador. Era, en efecto, el momento en que la historia económica y social llegaba a su cima inmediatamente antes de comenzar a disgregarse en especialidades que luego han seguido su propio curso. Pero esa división de senderos parecía aun, en los años cincuenta, no reñida con la pretensión de construir una explicación de la totalidad en la que lo económico se presentaba como determinante en última instancia y lo político aparecía como una derivación de las diferentes coyunturas.

Ahora bien, los textos de Tuñón están lejos de ofrecer una visión determinada, en última ni en primera instancia, de lo político por la realidad dura, cuantificable de los datos demográficos, de propiedad de la tierra o de producción industrial. Adelantándose en esta opción a la de muchos marxistas que, después de trabajos más esquemáticos, se han adentrado por el terreno de la historia cultural y de la construcción de imaginarios simbólicos, Tuñón dedicó especial atención al mundo de las elites. Y siguiendo también aquí lo que fue preocupación central de los medios marxistas franceses en los años cincuenta y sesenta, no limitó su indagación a las elites económicas y políticas, sino que la extendió a las ideológicas y culturales: sus trabajos sobre los intelectuales españoles de la primera mitad del siglo es buen testigo de esta preocupación. Conocer por dentro las elites de poder constituyó así un capítulo específico de su trabajo y es raro el libro dedicado a historia política que no introduzca varios apartados sobre las diferentes elites cuyos valores, géneros de vida, resortes de poder explican, tanto o más que la estructura, el sucederse de los hechos, es decir, todo lo que en aquel esquema pertenecería al relato de los acontecimientos.

Pues se trata de elites que toman decisiones. En este punto, Tuñón, sin desconocer que una decisión es atributo exclusivo de un individuo, tiende a postular sujetos colectivos actuando en el marco de unas instituciones que refuerzan su poder. Al concepto de elite de poder -económico, político, social, cultural- añadió así muy pronto el de bloque de poder, como si en efecto las distintas elites formaran una especie de conglomerado dotado de conciencia sobre sus intereses y capaz de adoptar las decisiones pertinentes para conseguir que prevalezcan, para mantener su hegemonía.

Alcanzamos así otro de los conceptos que penetran toda la obra de Tuñón: los bloques de poder se definen por ejercer la hegemonía en los distintos ámbitos que articulan una determinada sociedad. La hegemonía del bloque de poder o bloque dominante le fue inmediatamente perceptible en sus estudios sobre la Restauración, periodo en el que lo limitado de las elites, la imbricación de unas con otras, la presencia de los mismos nombres al frente de empresas agrarias, mercantiles o industriales y en los centros de decisión política, favorecía su conceptualización como bloque de poder oligárquico. El fácil trasvase de posiciones de poder económico a los centros de decisión política explica que junto al concepto de bloque de poder surja el de aparatos de Estado como una especie de instrumento del que se vale el sujeto colectivo bloque de poder para imponer su hegemonía sobre el conjunto de la sociedad.

Ahora bien, todo esto pudo haber conducido a una visión estática de la sociedad: la correspondencias de estructuras y coyunturas, la articulación de las elites en un bloque de poder que se sirve de los aparatos de Estado o, dicho de otro modo, la correspondencia de lo económico con lo político -que es aproximadamente otra manera de decir correspondencia entre estructura y coyuntura- podría haber conducido a un enfoque funcionalista en el que lo que ocurre en un plano de la realidad, sea el de las creencias o el de las prácticas, es siempre función del equilibrio social al que por definición tiende el sistema. Si la historia política de Tuñón se aleja de esta posible derivación de toda consideración del sistema como totalidad es por su componente marxista en el específico sentido de considerar a las clases y a los intereses de clase como razón de los conflictos por la hegemonía.

Y así, la historia política de Tuñón es a la vez historia del bloque de poder y de las oposiciones al bloque del poder. De ese choque se derivan decisivas consecuencias para la comprensión de las coyunturas, que no son función exclusiva de la estructura sino de las relaciones entre clases y bloques en su lucha por el poder o por la hegemonía. En este punto, caben perfectamente las más diversas situaciones: la hegemonía de un determinado bloque de poder puede entrar en crisis tanto por transformaciones estructurales como por las resistencia que le ofrezcan otras elites situadas al margen de esos centros de poder. Tuñón puso a prueba la virtualidad de este esquema con sus reiteradas aproximaciones al estudio de la Segunda República, uno de los objetos

preferentes de su atención. Ahí aparecen todos los elementos del modelo: estructuras que han experimentado grandes transformaciones, crisis de hegemonías del tradicional bloque de poder; ocupación de los aparatos de Estado por elites emergentes que proceden de clases ajenas al bloque de poder tradicional; resistencias de las decisiones; periodo de conflictos entre elites y entre clases.

Pero la centralidad de la crisis de los años treinta en las preocupaciones de Tuñón obedece no únicamente a que en ella puedan ponerse a prueba todos los elementos del modelo sino a su condición de testigo y protagonista de los acontecimientos. De ahí que si en su percepción de la estructura y de las coyunturas predomine el estudioso que se pertrecha de una teoría dominante en su medio intelectual durante las décadas de posguerra en que forjó su modelo, en el tercer nivel del relato, el acontecimiento, predomine a veces el testigo de los hechos. Lo he señalado ya en alguna ocasión y no tendré más remedio que repetirme: Ortega escribió que era importante haber visto o no una cosa que fue pues lo percibido por los sentidos nunca es plenamente pasado. Así ocurre con algunas de las observaciones que Tuñón introduce en sus trabajos de historia política que conservan todo el aire de lo visto y vivido y, por lo tanto, de lo no plenamente pasado. Y por eso, por no ser plenamente pasado, cuando escribe de lo visto, el relato se presenta abierto como si los determinantes que actúan en el modelo quedaran momentáneamente suspendidos. La espontaneidad domina entonces sobre la determinación, la expectativa sobre la oclusión de caminos.

El modelo de explicación que utiliza para acercarse a ese conflicto es el vigente en su tiempo de madurez, compartido por muchos de nosotros en nuestro tiempo de mocedad. La explicación del conflicto visible, palpable, no puede agotarse en lo que vemos o en lo que recordamos. Es más, la vista puede ocultar la realidad, o engañarnos acerca de su verdadera sustancia, que sólo es discernible si vamos a ella equipados de teoría. Tan manifiesta era la conflictividad y tan posible el engaño de la vista que Tuñón se acercó a su comprensión con el concepto de conflictividad latente, que no se ve con los ojos ni se oye con los oídos pues no se da entre personas, en la superficie, sino entre estructuras, en las profundidades. La conflictiva coyuntura republicana, tan

visible, le obligó a cavar más hondo para percibir un desarreglo en la estructura de la sociedad.

La transición de la latencia a la manifestación, de la estructura al acontecimiento, fue posible por lo que sucedió en el nivel intermedio de la coyuntura: cambios de gobierno entendidos como desplazamiento de ocupación de los centros de decisión de unas clases por otras y que no implican necesariamente cambios de poder en los aparatos de Estado. Estructura, coyuntura, acontecimiento: puede parecer hoy que se trata de un aparato conceptual incapaz de resistir los avances de todas las nuevas historias. Pero hemos visto ya tantas nuevas y hasta novísimas historias surgir en el corto lapso del desempeño de nuestro oficio que quizá fuera menester alguna cautela antes del displicente gesto derogatorio propio de los muy jóvenes o de los muy ignorantes. Un método es productivo si en un momento determinado abre la atención a cuestiones relevantes. No cabe ninguna duda de que el de Tuñón las abrió: pues en efecto no basta ver las cosas; es menester pensarlas, reconstruirlas. Tuñón las vio y las pensó; las recordó y las reconstruyó. Esa me parece que fue su obra y su método de historiador de la política.